

cupa sobremanera, y es, que ni los hombres de corazon ni los de talento, bailan sino muy rara vez, y por lo comun los que aman de veras, por bailadores que sean, no ven con placer que sus novias bailen.

Qué haya en esto, no puedo decirlo yo, porque á pesar de poderosas tentaciones que he tenido, no he logrado hacerlo hasta hoy, y creo que no lo haré nunca.

Decia yo que comenzó el baile.

IX.

—¿Y el novio de vd., Enriqueta, no fué invitado tampoco hoy?

—¿Minovio?

—Sí, aquel de que me habló vd. en el baile de Noche Buena.

—Dirè á vd., Carlos: mi novio..... pero, ¿á vd. le interesa acaso saber si vino ó si no vendrá, ó mejor dicho, si tengo ó no tengo novio?

—Como vd. me habló de él aquella noche.....

—Fué una broma que me permití con vd. Yo no tengo novio. Quise conocer á vd., esto fué todo.

—¡Enriqueta! ¿podrá vd. amarme algun día?

—¡Quién sabe! Una mujer no ama sino cuando tiene pruebas bastantes para creer que no se burlan de ella, que no se pretende engañarla.....

Desgraciadamente Cárlos perdió mucho tiempo en esas vacilaciones, que sobran en el que ama mucho, y este corto diálogo tuvo lugar ya cuando la danza terminaba.

Buscó una oportunidad Cárlos, y se sentó al lado de Enriqueta, que no quiso bailar un *schotish*.

Cuando estuvo junto á ella, sacó su cartera, y sin que nadie lo percibiese, la enseñó una hoja seca que tenia escritas dos palabras.

Enriqueta quedó sorprendida.

Reconoció al punto la hoja que arrojó al suelo en la Alameda, y no pudo menos que hacer á Cárlos esta pregunta:

—¿En dónde obtuvo vd. esa hoja?

—En la Alameda.

—¿Cuándo?

—Hace quince dias. Paseaba yo allí, pensando en vd., con los ojos bajos, mirando la alfombra que formaban las hojas secas, y entre otras que v', me llamó ésta la atencion.

—Y bien, ¿con qué objeto me la ha enseñado vd. ahora?

—Deseaba saber si conoce vd. la letra; me ha interesado mucho esta hoja.

—Esa letra es..... mia, dijo Enriqueta.

—¿Y la hoja, consagrada á quién?

—A nadie. ¿Conoce vd. aquella costumbre de arrojar una flor en cierto dia del año, y preguntar al que la recoge, su nombre, porque ese mismo ha de llevar?.....

—Sí, conozco esa costumbre; pero ese dia no era el de San Juan, ni esta hoja era una flor, ni vd. se quedó á ver quién la recogia para preguntarle su nombre.

Una señora llegó en este punto, y Cárlos, por galantería, tuvo que ofrecerla el asiento que ocupaba, y se retiró.

CAPILLA ALFONSIÑA

El baile continuaba, y la animacion de los concurrentes iba en aumento.

Cárlos estaba ansioso por reanudar su interrumpida conversacion con Enriqueta.

Ella lo deseaba no menos.

Llegó por fin el momento de bailar otra de las piezas comprometidas.

La hoja seca volvió á ser el tema de la conversacion.

La jóven se hizo rogar hasta no mas. Desplegó todos los recursos de su talento, y solo cuando cruzó por su pensamiento la idea de que Cárlos podia prescindir ante tan tenaz resistencia, le hizo una concesion; es de-

oir, pronunció una frase de esperanza que enloqueció de contento á nuestro personaje.

Pero las horas pasaban, y la aurora debia llegar bien pronto, y el baile tenia que concluir, pues las ancianas ya tenian sueño.

Una danza mas y todo quedaba terminado.

Cárlos y Enriqueta salieron otra vez á bailar.

—¿Me hace vd. un favor, Cárlos?

—El que vd. ordene, Enriqueta.

—Pues deme esa hoja seca.

—¿Para qué?

—Quiero conservarla, ya que no se confundió con las demas.

—Bien, se la doy á vd.; pero una condicion. ¿La acepta?

—Aceptada.

—Que hé de oir de sus lábios esa frase divina que en ella dibujó vd.

—Pero, Cárlos, ¿què alcanza vd. con oir esa frase?

—Viniendo de vd., un cielo de felicidad.

—¿Lisonjero!.....

.....

CAPILLA ALFONSIÑA

Aquí siguió un diálogo que no es dable á la pluma trasladar al papel.

Aquellas dos almas se habian comprendido.

—Con que ¿no cumple vd. su palabra?

—Necesita oír de mis lábios lo que.....

—Sí, Enriqueta, ya la danza termina; no sea vd. cruel, yo la amo á vd. con toda mi alma.

—Pues bien, Cárlos, quédese con la hoja y lea mil veces lo que ella dice; hablará por mí.

Cuando el baile terminó, Cárlos y Enriqueta se dijeron al estrecharse la mano: “No me olvides.”

EL PRIVADO.

I.

Era á mediados del año de 1677.
Brillaba en el cielo, esplendorosa y bella la luna, y sus rayos de plata, atravesando por entre las ramas de los frondosos árboles que se elevaban en una quinta situada á inmediaciones de la muy noble y muy leal ciudad de Mérida, iluminaban el rostro encantador de Elena.

Tenia diez y ocho años.